Manuel Ríos Ruiz

UNA INEFABLE PRESENCIA



Antonio Ubago, Editor

GRANADA 1981

Manuel Ríos Ruiz

Una inefable presencia

(Premio Ciudad de Martorell 1981)

A mis hijos Teresa y Manuel

1
ERASE un sueño encenefado una luminaria sostenida,
la edad de la paz campanaria y requintada, mullida y tenue,
cuando el horizonte todavía no tenía su constelación
en danza, ni calibre alguno la pasión original, el sino,
y todo era llano y redondo en la mañana, en su sed
de crecimiento y esplendor, en su pericia y tiento.

Fue entonces cuando Dios quiso silbar, ponerle cascabeles
y cadencias a sus propios oídos, escucharse y sonreir
a su misma música, a su almirez, a su corneta, a su armónica.

Y todos sabéis que Dios es sorprendente, que tiene y goza
un mapa tatuado en la garganta, un atlas que cultiva
con su almocafre de tiempo, con su azoleta de niebla,
por eso su estribillo suena bajo tierra y sólo los pájaros
más pequeños y volátiles acunan sus razones y compases,
pueden seguirle colgados de sus hombros y de sus repisas.

Dios lo quiere así, le gusta ser habitado en su aliento.
Y nos rodea de cacharros y utensilio, de cavidades
perpetuas donde uno puede asomarse y mirarlo zurear,
ver en cualquier pedazo de aroma la viva cicatriz
que tiene como espina de rosa encima del reflejo.

Y la mañana intuída que decíamos, aquella prodigiosa
tan pura y primigenia, la de los estorninos en celo
que alumbraban tanta paz, Dios nos hizo sus cálidas señales,
encendió su bóveda para que la yerba tuviese retinto eco
y espejo su areola, la que ahora los niños párvulos
dibujan con sus lápices y es algo que soñamos sin saberlo,
deseosos de más luz o de más surrealismo, líricos y héroes
que somos en nuestra maravilla de recetas y cúspides,
creyéndonos científicos, poetas, albañiles o gañanes, códices,
porque ¿quién nos gana en fantasía o sapiencia reproductora
después de haber nacido teniendo el mundo puesto y abrochado?
Nadie si Dios nos lo permite, si nos deja mirarle escrutadores
tanta mañana parturienta, la espina de rosa, el cuello azur
con la garganta dentro y tatuada, el aliento de vivir soñando
la única música posible y ancha, tan requintada y campanaria
para que sin más deslumbramientos ni más preparativos y adosos
cultivemos aquí, en esta ilusión retumbadora de imaginarnos
corporales, cuanto tenemos de pájaro, de almocafre y de niebla.

2
¡OH los carteles de Dios en las vallas descorridas del viento!
Cuánto rostro embebido por ojos y por tribulaciones, por consignas,
qué comunal carcajada como una trombosis ebullida y circulante,
arriba, arriba, arriba la ilusa manera dela persuasión....

Pero Dios no es de tamaña altisonancia, intuyo que gravita y gesta
sin tanta algarabía, velocidades, ínfulas, dientes y traviesas,
sino que tiene otro transistor y distinta perplejidad enamorada,
una corona más hereditaria, una fuerza más cariñosa y honda,
una memoria más amasada de azúcar, una ley sin tanto calambre
y la voz sin estridencias ni estandartes, sin recovecos ni cuévanos,
que le apetece aplaudir y fumarse un cigarro en la mesa camilla...

Dios no puede ser gigantesco y extremo solamente, máximo.
Dios es más y tanto que reluce, repica y cabe en un pellizco,
en esa migaja de pan tan íntima y gloriosa, tierna y originada,
que siempre se nos cae profundamente al partir con cariño la telera.

3
PARECEME que el viento tiene testimonios, combas y motivos,
para saber de Dios en toda vecindad y en toda lejanía
y levanta tanta hoja del fondo de la tierra ensortijada
y se lleva las palabras que decimos y cantamos a la vez
y nos trae un rostro abierto en sus cometas candeales,
un rostro que imaginamos detrás de las tormentas y los cirios
y se nos mete en el ojo que al corazón le nace conmovido.

Y nosotros, con el viento en el alma, poseídos y nítidos
por una fábula o por un instinto, exaltados por la luz
de sabernos hombres, prestos sobre el resplandor que inventamos,
se nos ocurre mirar, inquirir, precipitarnos a voleo
hacia Dios, al reino de su cuerpo, aire y aire en tolondrón
que remueve árboles y verbos, que trasiega y rebuja y confabula
cuanto dolor e ilusión nos acaece y redime, nos aparece,
porque Dios
-nos lo dice algún transeúnte de la sangre-
recorta su silueta de empedernido trotamundos en el horizonte
y esponja en toda lejanía o vecindad, brisas o vendavales,
un rostro pegadizo con que asume nuestra esquelotomaquia.

4

LA voz de Dios es un nutricio y fulgido caligrama
y está escrita en los altares del aire y sus azoteas,
tiene un acento que se come, un deje de pintura conmovida
y el sabor de intuirla tan densa y transparente, cerciorada,
enardece a la carne y nos relumbra en el alma, hácese rehilo.

La voz de Dios, que es lo mismo que la singladura de un panadero
y se denota en todos los huesos con forma de hormiga,
acaricia las rosas que queremos, empina con su centella y tirabuzón
los efluvios que el corazón contiene en su maniobra,
incluso nos indica los cielos y las cucañas, las cancelas,
los estremecimientos, los dóricos dolores, los resquicios
de las alegrías, los cantarinos poemas del señor de Santillana.

La voz de Dios, pepita y miel, cruz erigida en cada sitio,
suspiro que absorbe al universo, es esa candela súbita
que a todos nos alumbra desde el paladar hasta la entraña
como una luciérnaga avivando el pensamiento y su semilla.

La voz de Dios, la que hoy escucho y palpo aquí, trasmutado
por el perdón y en la turbulencia de la conciencia y de la pluma,
sonando a nitrato y compañía, a trébol, a paráclito memorial,
es tan plegaria que ensimisma las esencias de la hombría
y es tan ella y tan múltiple que todo lo convoca y todo lo alucina.

5

FIJAROS en Dios y bien veréis sus átomos y oficios, sus capítulos,
como ensarta y ensalma los helechos, la atmósfera, el jugo
mismo de la vida, mirarle en pentagrama punteado por las glorias
y por las musas, leerle la cabeza tan alta y circundante
y ese plano que traza pendolista en cada nube y golondrina:
está como un árbol sostenido y estirado, siempre desquejándose
por su libro y su trapecio, por su son y su remate:
es Dios, lo sabemos desde su nacencia entelerida y visionaria
imantado y frutificando entre ojos y constelaciones del relente,
en su alambique para las raíces y los zumos, diseminado y lirondo,
saliendo por los grifos, los macizos y los melones, por los nudos,
cada vez más muchacho y compañero, más viejo espistolario,
más hermano del aliento que nos nativa y nos corporiza, más lid,
más planta y semilla y más cemento, más piedra, ascua y vellón.

Fijaros en Dios, vedle sus faenas y sus colmos alados repitiéndose,
esa tira de cascabeles y de clavos, de solios y de pistillos,
que le cuelga del semblante como una talabartera soguería,
allá y acá sobrevolando por su trocha y por su brecha:
es el esplendor que todo lo ansía ocupar, beber y distinguir
y tiene junto al codo y en su metabolismo, en su fiel soliloquio.

Fijaros en Dios, contempladle transitando lo inefable:
en nuestro pródigo pasamanos, la honda y peregrina madriguera
que siempre nos cobija con la solariega urdimbre de la fe.
Fijaros en Dios, ya lo véis entrando por haciendas y rendijas:
No hay nada tan grande que quepa entero en la persona y sobresalga.

6
CUANDO alguien busca a Dios con alboroto y con desenfreno,
destartalando todo lo que toca, volteando matracas y campanas,
gestos y gritos, empujando la tierra en sí, agitando efemérides,
zarandeando semejantes, pidiendo certificados y juramentos
de su divinidad
y parece por desdicha una cantera derruída
cayéndose o un tren descarrilado acampotraviesa, entiéndelo,
enséñale entonces una estampa concebida y engendrada por el pecho,
porque el anuncio de Dios necesita implorar una larga tapia
que llegue desde aquí a sobre pasar toda linde y camino
y no hay cielo entre nosotros para desplegarlo en su paraíso.

Hay que enseñar a Dios como se leen las sílabas de un verso:
poniéndolo en la cara, purificándolo en la voz y en el proceder
para que ande por ahí sin arrugas y sin extravagancias,
esperando contento que un hombre le salude y se lo lleve.

Dios está para eso, para ser encontrado y bien vivido,
lo mismo que una fuente al borde y al cúmulo del tiempo,
lo mismo que una flor en el arriate, que un pájaro en la rama,
es así de fugaz y de perpetuo, de entrevisto y entresoñado,
tiene con él la fragancia encendida de una libélula
y la paciencia hermosa de las torres perdidas en lontananzas.

Si te preguntan por Dios, señálalo sin voces y sin arrobos,
enséñalo simplemente, arrodillado en todos los sitios y oquedades,
es un lego que acarrea víveres y salmos, un arlequín de junco
y flama que combina con su diálogo tristezas y esplendores.

Dios espera el trompicón que lo intuye y realaza y aparece
y no se desanima, continuamente Dios acude y encandila
cuando un hombre de verdad le confirma, cunado un hombre lo fija
y sabe que su hechizo no tiene distancia ni límite en la nada,
por eso al que clama en medio del desierto, entre mallas y piras,
increpando su nombre con una bocina, hecho un garabato de pólvora,
hay que mostrárselo en la mínima hechura, en la más sencilla
y fiel semejanza, diciéndole míralo, imagínalo y gózalo.

7
LOS ojos de Dios son tan inefables y derretidos y querubes
que están eternamente desparempados, incursos en los sonidos
y las metáforas, sobresintiéndose en cada reata de las olas
y en todas las vislumbraciones de los setos y sus abrazos,
habitan en las ciudades y sus sótanos, en las crujías
de los volcanes y en los lechos sonrosados de los ríos,
duermen y despiertan al unísono filtrándose en el tiempo
que camina mirándonos el paladar y la caligrafía, los nidales,
saben ver lo que pensamos al ponernos de rodillas si se cierran.

Los ojos de Dios se estiran en sus órbitas y en sus nimbos
y son el sol por sus dos llagas, alientan en el fuego y en el hielo,
contemplan el infinito y se hacen catalejos del asombro
que les llena las pupilas de extensiones que andan y crepitan.

Los ojos de Dios, abiertos o dormidos, imaginan lo que sucede,
desvelan viéndome, aman mirándonos, descubren lo que han hecho
sirven de colores y los endilgan sobre lo que alumbra y santifica.

Los ojos de Dios inflamando ese ímpetu y alegría de mirárselos
invaden todos los entresijos de la carne y siéntese una llama
como esquila volando y repicando entre las cruces de los huesos.

Los ojos de Dios, pacientes y compañeros, endrinos en su origen
y verde en los sueños, tan grandes y dívicos como sólo son ellos
de redondos, descubiertos en el atril, en la etérea fugacidad
y en el verso, pletóricos de azucenas y metales, diafásicos,
han visto este dibujo apareciendo y circulando entre mis dedos,
por las acacias de mi sincronía, por la hombredad cernida
de un deseo,
                        y se han quedado un instante fijos y repartidos,
mirando como nunca y siempre lo que nadie sabe ni termina.

8
YENDO,
como siempre hacemos, pues todo es un ir embrionario
de camino a la alucinación y al presentido descubrimiento,
nos encontramos de continuo con la fe, con su oreada de rueca
de intimidad
y comprobamos lo que tiene de parto y de volcán,
que es una antena centinela en lontananza, una madre y placenta
que recobra hijos y más hijos y se eterniza con ellos acunándolos.

La tarde en la que vi o la pensé, tanto y tanto andando
como de costumbre hacia la hondura y la altitud, hacia la estrella,
se me quedó entre los ojos y por la sien como una tuerca enroscada,
fija y luminosa
y es ya una idea que enfervoriza la sangre en luna,
y la sangre es un cristal que la revisa y canta, que la envuelve
y vuelve a explicar con sólo recordarla en su elocuente transcurrir,
porque Dios
-según las sensaciones-
se viste con nuestra fe,
la lleva por camisa o por bandera, yendo y viniendo todo pan
de él hasta nosotros hecho una flecha de azahar buscando el corazón.

9
ESTAMOS prendidos por el prodigio insólito de algún alfiler.
Y un alfiler es un soplo repentino, una finta penetrante.
Y es lo más repentino, lo más subterráneo que acaece por un cuerpo
o por un alma, por una esclavitud,
tu lo sabes, tú, y describes.
Tú, así dejándote punzar, prender, entrecegar, te hundes
en tu movimiento de búsqueda, en tu amor, en tu condena y gloria,
por tu sino, por tu oráculo, por tu campana y ópalo arriba,
por la efusión donde te sumerges y donde aspiras subyugado,
recreándote escarolado y soñador, invitando a nacer y traslucir,
a ver permanentemente a Dios,
porque la palabra es tu imagen,
tu semejanza el papel, la voz que arrancas del limbo, lo dicho.

¡Querer! Qué pronunciamiento más valiente y específico, más álgido.
Lo sabes y no te afliges, pero manténlo, ízalo, ensagrádalo,
ondéalo derramándolo, ya llegará quien lo recoja y lo viva,
porque así son el papiro, el huracán y la cebolla, la dádiva,

algo natural y corpóreo, tenue y preciso, tan aposento y paloma
como el alma y su engranaje, porque se imparte todo de Dios, de su monte,
y Dios nos compadece y nos reclama, porque esa es su luz y prímula,
la más profunda y salpicadora, una mejilla, un pabilo, un aroma
de espliego o alquitrán, una malva, un alfiler en las pestañas, nótalo.

10
Auguraros lo que pensáis viendo crecer y requerir las sales
del tiempo,
ese caudal decurso puesto en el ala de las cosas,
cuando intentamos medir y bifurcar con la vista o con las sílabas
a todo lo que existe y suena, a todo lo que número a número
dejamos en vilo y tarareando, porque aquello y aquesto, mirálo
que nos seduce y que nos envigilia a lo largo del círculo peonza,
es seguramente lo inmemorial, algún motor parpadeante y partitivo
que nunca se detiene, la persistente costumbre de Dios y sus páginas
de pensar por el momento abriendo con alegría sus vastos balcones,
dejando que llueva o que solee, queriendo que se le mire con cal
la ráfaga de infinita cima y cuna que envuelve feliz a su salud.

11
Si supiera que en el mundo es sólo lo que veo y toco me sentiría
desterrado como un argonauta, ausente o marinero empedernido,
desengañado como los crónicos enfermos, un niño chico destetado,
un huevo de jilguero sin engalladura, algo así como las cáscaras...
Pero de toda la soledad nace una copla y cada copla inspira
una liberación,
y cantando el poeta atisba lo insondable, lo ávido,
proyecta el universo, se siente suficiente para aumentarle
los picos a las estrellas, las olas a la mar, para resucitar
a la tierra, volver a las cáscaras en promesas y en simientes,
porque todo cuanto sabe y siente lo recibe vívido y alertado
desde más allá de lo que toca y de lo que ve, se le cuela
en la palabra cuando Dios se la azuza y se le muele, se la engarabita.

12
ESTA libreta himno donde canto, escribo, clamo, reino y suplico,
tiene la blancura jeroglífica del instinto, es una pared custodia
contra la que se pegan delirios, creencias y consejas, violines,
y por donde puede escapar de convertirse en lápida o escombro
el hombre que la enriza,
y paso por ella tiritando, mirándome
en su fondo sin término para verme decantado y mortal, escogido,

y asumirme así con mi amalgama de enseres reales y fantásticos,
con todo lo que por vida colecciono y amarro viviendo trémulamente
todos los papeles y sus paredes sonoras en donde Dios espera ser imán.

13
CON el último otoño me han sido devueltas algunas credenciales
del amor,
                han aterrizado de nuevo en mis carnes los curvos
azadones de la muerte, topacios y laureles para los espacios
que esperan sus alas del futuro y que de pronto saltan y pitan
libremente, trastocando el total, lo reunido que estábamos atendiendo,
para llevarnos alígeros a otra parte de los sentidos y la esencia,
a la que nunca debimos olvidar ni distraer siquiera llenándola
de literatura, de imágenes gráficas, de boquetes y aspavientos,
como si sólo fuera un desván, un saco, una talega, el duermevela,
sabiendo que todo es lugar de escándalo y de acontecimiento
igual en cada gránulo con contenido y rebozo,
                                                                        y por ser así, lleno
y colmo, sucede que hoy esta gota u océano de la amargura, de la leche
que la muerte consume, destila de todo el cariño que ahora poseo,
sin esperar más instantes para fundirlo y derramarlo con pasión,
porque Dios transformado en cadáver atraviesa el otoño por mi frente.
y se hunde lúcido en la tierra, se clava y sala en mí mismo,
se desenfrena en su espíritu para que no olvidemos ningún amor
o pálpito, ninguna vida o sentencia de Manrique o de Pavese,
mientras mi padre consumido por el tiempo es ya hálito en la yerba.

14
CUANDO alguien se queda a solas con Dios a través de un camino,
de un túnel o de una escalera, quizás en la más descarriada
cabina telefónica o en el simple vaivén del parabrisas, del péndulo,
observa inmediatamente le imperiosidad de su verbo, de sus señas,
que Dios habla y escucha a cara descubierta y siempre alarga
un tramo de paciencia donde instalarse, redondea un ademán
serenamente dulce y machadiano, abraza con holgura, consuela
con su constancia y por ahí nos anima a seguir respondiéndole
cada vez y matriz, porque nos indica secretos tan desvelados,
conocimientos sin caño por desperdigados y por infinitos
y son aleluyas que a la mente resplandecen, puñados de esclarecimientos
y visiones, para que el seno
                                            -que es niño y paria-
                                                                        bien prosiga
enalteciéndose, hallado en cada silencio del tumulto consumado

respiración y loor, concavidad, encelo, acuñado por la vida,
esa virtud de soñarle que la soledad compartida nos ofrece.

15
ESTANDO aquí,
donde quiero bendecir mis asombros y goznes
por el mero hecho de existir y tener con qué contradecirme,
me sonoriza adentrarme en el sitio que ocupo y que transito,
tactar la atmósfera que me contiene y radica, que me envenena,
mirándome tan demolido y viviendo, hirsuto en la carne, combado
en el gesto, presentido por mí mismo, alentado el donaire
de un verso deleitado, capaz de creerme capaz de explicarme,
dándole con la mano que tengo a la masa de Dios y ensartando
su posible presencia del momento, adivinándolo vestido de naturaleza,
para hacerme lugar y temporada, oráculo y respiración para remontar
el vuelo que exigen mis raíces y llegar al cúmulo de la conciencia,
el reducto más íntimo y espléndido que tengo estando aquí.

16
HAY relojes que aglutinan y denuncian épocas cruciales, sepulcros,
la circulación de la sangre y el dinero, los átomos hogueras
de la temperatura y cómo el volumen de una voz se descuartiza,
señalan estos maquinamientos el caos o la plenitud de una especie
impensada, crujen como látigos alrededor del hombre y procrean
temores, agitan movimientos, miden las posibilidades de ser,
son lastres y cataduras del ocaso, máscaras que utilizamos, frenesís
para atenuar los verídicos amores y sus más legitimas fortalezas,
pero Dios los detiene en cuanto queremos, les paraliza el curso
con sólo poseerlos, los despieza aunque sigan marcando presurosos
fechas y apocalipsis, si los miramos ignorándolos en sus gritos,
si dejamos atrás el ruido
y con Dios por testigo y por ejemplo
los ponemos en nueva hora precipicio, en la justa medida y boca
que el vivir requiere de todo martirio y alegría
y cada día
ocurre que un reloj se atrasa o se adelanta en su paso terrible
y tenemos que pedirle a Dios que nos ponga al derecho la cabeza.

17

A Francisca Aguirre.

DIOS,
que es amigo y candente de Teresa de Cepeda
y de Walt Whitman, que lo mismo se apristina y supervive

en Ávila que en Manhattan,
se interna en el poema con sigilo
personificado en las sinalefas y va entramando el candor
con la pasión, creando la memoria y el aliciente del poeta,
ese pájaro de anís y de ceniza que en su vientre
de esparto con almíbar la poesía envuela y aprisiona.

18
RETUMBA Dios este mediodía lúbrico brincando como un bicho,
bríllale el esternón y la masa de la sangre enlamparada,
todo lo aventa y nos sacude,
en una culebrina atravesándonos
la vida y el instinto
cómo reparte y origina sus cartasis,
oh batalla de flores y suspiros, oh tremenda pantalla hirviendo,
ah vuelo de aeroplano entre candelabros, todo cuanto se agita
con su revolución atrapémosle aquí, en su revoltijo
de galaxias y hormigueros,
ese es, el que doma en pelo los caballos,
lo conozco por la entraña cuando crece y redobla su excelencia,
Dios,
sí, Dios, engalanando el mediodía con su rayo de carnal calentura,
oh poderoso atavismo perseguido en cada canción y cada cuerpo,
porque Dios cuando más salta y chiribita, cuanto más aviva
su candela, más se parece a nuestros espejos y esplendores,
a esta caterva de músculos y refriegas apiladas y encendidas
que festejamos este mediodía con la líbido que asalta y escuece.

19
ESTOS poemas o paráfrasis no tiene médula ni parihuelas
donde sostenerse para ser declamados o tal vez comprendidos,
están escritos por la sota ilusión, han nacido en vértigos
y niágaras, salen por su asomo al abismo y una mirada árida
a la ciudad de la celosía encaja y filtra al temperamento,
con los apoyos de la memoria valiéndome
y por un intento
de socorrerme cada vez que un ángel me punzaba en plena paz,
pues cuando la paz duele y cacarea hay que acudir al prodigio
y al cántaro, al temple, alcanzar razones y atravesar asombros,
arriesgar lo que se lleva en cada tripa y escollera del habla,
desbordar la capacidad personal de sosiego y la trifulca,
para que el trance o el despeñadero donde se nos crucifique
tenga salvación y volerío cuando arraciman los convencimientos

en tropel, el aluvión cotidiano, el marasmo de los periódicos,
todo un pirotécnico desajuste que nos lleva y nos trae calidoscopios,
realidades y conjeturas, la paja del vivir, el mundo a tumbos,
mientras vemos desde dentro de Virgilio donde está la gubia
que nos hiere y no sabemos poner los dedos en la llaga que se quema,
porque todo es una inmensa pregunta que nos hace la yerba,
una pregunta imposible de cubrir con una sábana, con un golpe
de arena por los ojos de la arena, con los añicos de la cara,
y hay que sumirse en la propia entereza, hacerse rey en su trono,
concebir y recibir de Dios el relato, el sueño, la idea, la tinta.

20

NADIE se despide de Dios aunque lo quieras y lo haga, lo ejecute,
es imposible de salir de su recuerdo y de su costumbre, de su laudo,
sin entrar de nuevo en su crianza cual un polen esparcido, latente,
Dios no se va nunca del misterio porque tiene por pies y por vista
al mundo enterizo que nos asombra y es lo que anda y es lo que ronda
entre todos nosotros abriéndonos su puerta a caminos y rincones,
la frontera de Dios es así de primitiva y de cercana manivela,
parece de cristal y de silencio siendo la bulla que nos ondea,
fíjate bien en lo que siempre suponías y sabrás de su presencia:
Dios ha encontrado cuanto tú enardeces cada vez que lo piensas,
es la evocación, la conciencia decantada, la sangre en ristre
a lo largo del tiempo y la voluntad, una inefable y virgen criatura.
Considéralo y tiémblalo.

.